

LAS CEBOLLAS NO SOLO HACEN LLORAR

EPÍLOGO

Escribía con rapidez. No sentía nada, aun teniendo una barricada en la entrada y un hombre que pasaba de los cuarenta aporreando mi querida puerta de la oficina (padezco de lipoidoproteinosi, una enfermedad que suprime el miedo). Me empezaba a hartar, pero no me iba a dejar vencer por un tipo loco. Loco de verdad. Seguía gritando: “¡Dame cebollas!, ¡Dame cebollas!”, y yo sin nada que hacer, simplemente matando el tiempo escribiendo informes de mis anteriores casos. Además, ya había llamado a mis compañeros para que lo viniesen a buscar.

¡Oh! Pero os preguntaréis qué hacía una persona chalada en mi pasillo.

Pues bien, comencemos desde el principio.

RELATO CORTO

Volvía de mi clase de Kung-fu cuando pensé que me daba pereza hacer la cena, así que me metí en un restaurante chino, sin duda aún influenciada por el ambiente de las artes marciales asiáticas. No entreno porque me guste, en realidad hago ejercicio con todos mis compañeros de la Unidad Central Operativa. He de decir que soy bastante buena en eso. Trabajo como policía, pero de hecho soy agente del FBI con mi compañera Jessica, aunque no se nos permite relacionarnos mucho por nuestra propia seguridad.

En fin, estaba en el restaurante chino, y se me aparece un hombre como 20 años mayor que yo (tengo 19) y me pregunta si se puede sentar conmigo. Evidentemente, le dije que no, estaba cansada. Acababa de hacer un examen físico de Kung-Fu.

Hay algo raro en él, pensé. Es como si no pudiese mirar nada más de cinco segundos, y olía mal. Vaya si olía mal: como una mezcla asquerosamente dulzona de regaliz, huevo podrido y ajo.

Percibía que me iba mirando de reojo, por el reflejo del aluminio del horno... Me puse en guardia, terminé de comer mi ramen mientras le miraba (yo, en cambio, debido a mi oficio, he sido entrenada para observar sin ser vista), me levanté y salí con pasos rápidos y muy tiesa.

El tipo siniestro en seguida se levantó y pagó la cuenta. Ay. Se me olvidó pagarla, pero por lo visto el señor del bar no se había enterado. Ya volvería otro día y se lo pagaría.

Estaba a dos manzanas de mi casa cuando recordé algo que me dijo mi jefe en los días de entrenamiento: “Si alguien te sigue, ni se te ocurra ir para tu casa o algún lugar que frecuentes, aunque intenta que tampoco lo desconozcas, porque eso te pondría en peligro y bla, bla, bla...” Mi jefe tiene pinta de gorila, aunque cuida de todos nosotros, es como el padre de la agencia.

En fin, a mí me importaba lo primero: no debía ir a mi casa, así que me metí en otro pub, lleno de gente y sin riesgos. Y va y me encuentro a Jessica, sola, en la barra, con cara de perdida. Mal asunto, pensé. Si mi perseguidor me conocía (por supuesto, el tipo me continuaba siguiendo y estaba apoyado en la puerta mirándome por el reflejo de la ventana. “Aficionado”, pensé) podría ponernos en peligro a las dos. En la agencia tenemos varios códigos, así que no me fue difícil comunicarme con ella y quedar para hablar al día siguiente en la agencia.

Miré a mi alrededor y vi que se esperaba en el semáforo de delante del pub. Las luces se pusieron verdes y cruzó. “Genial, ahora me toca a mí seguirte”. Mientras le seguía (con mucha más destreza que él) me puse a pensar. ¿Por qué me seguía? ¿Le había enviado alguien? ¿Qué quería de mí? ¿Por qué ahora de repente se iba? ¿Me había dejado en paz porque se había equivocado de persona?

El tipo de repente se tensó, apretó los puños y se giró ¿Me había distraído? ¿Yo? Rápidamente me colgué del brazo de una señora mayor que iba en dirección contraria y seguimos caminando. La pobre viejita parecía encantada: “¿Qué quieres, querida?”, y yo sintiéndome culpable por primera vez en toda la noche (ya eran las 22:14). Le dije que era peligroso ir por la calle tan tarde. Ella me respondió: “Se ha metido en la casa de la puerta verde”, y yo casi me disloqué el cuello al girar la cabeza, olvidando todas mis precauciones. El hombre había desaparecido. Le murmuré unas disculpas y salí como un cohete hacia la puerta en cuestión, cómo no, cerrada. La embestí siete veces con el hombro, tal y como me habían enseñado, hasta que las bisagras cedieron y yo me quedé sin brazo.

Era una entrada fría y húmeda, con unas escaleras inmediatamente delante, sin nada a los lados. Si hubiera sentido miedo, se me hubieran agudizado los sentidos, pero, como siempre, no sentía nada. En vez de eso sentía emoción. Supongo que en situaciones así solo se siente miedo, y se debía reemplazar el vacío. Me precipité por las escaleras abajo, intentando contener la risa y terminé en una bodega de barriles de vino, pero que olía horriblemente a cebolla. Saqué la pistola y apagué la linterna(que antes había sacado), ya que había dos luces antiguas colgando del techo. De repente me mareé, seguramente por el horrendo olor de la estancia, me apoyé en un barril, que hizo un pequeñísimo “cric”: mi perdición. De repente oí pasos y vi que el hombre se me acercaba. Le dejé inconsciente y vi que había dos bultos de cebollas podridas, y debajo cadáveres. Llamé a Jess y le dije que vinieran a buscar al loco asesino.

Y aquí me tenéis, en la oficina. El loco se había escapado del manicomio y ahora le venían a buscar.

Jamás supe por qué en un principio me había seguido.